

teseo mercenario acababa de tomar por la cintura preparándose á cargarlo sobre sus hombros.

Una voz formidable sonó entonces.

— ¡Arma, Arma!

Dijérase que pasaba una bala de cañón.

Oyéronse vociferaciones, aullidos y blasfemias y roncós estertores.

Protegido por la taza de su espada el puño del caballero cayó sobre el morrión del alemán mercenario, aplastando á un mismo tiempo el continente y el contenido.

Fué á tierra el gigante, pero no sucedió lo mismo con el príncipe porque un puño de acero hubo de levantarlo, colocándolo cómodamente sobre el cuello de Djaulia, la yegua blanca.

Esta reanudó su carrera, aunque en sentido opuesto, y menos de dos minutos después los heraldos de armas, trompetas, maceros, chambelanes y cuantos oficiales de palacio se hallaban en la nave de la iglesia de San Pablo reunidos en torno á la urna que debía contener el ojo de Maugiron, vieron mudos de sorpresa cómo un jinete inverosímil subía al galope los escalones del peristilo, cómo se avanzaba alta la cabeza por la nave sonora, y cómo volvíase tranquilamente á la calle luego de depositar con cuidado bajo el armiño del regio dosel á Enrique III desmayado, pero sin un rasguño.

XI

EN EL QUE BERNARDO, INSULTADO, PERDONA

Durante todo aquel día, la angustia y la consternación pesaron sobre los habitantes de la buena ciudad de París oprimiendo dolorosamente los ánimos. De tres ó cuatro días á aquella parte vivíase en la capital de Francia en perpetuo malestar por efecto de los ridículos rumores que circulaban de boca en boca; y la gravedad del atentado de que aquella misma mañana y *coram pópulo* fuera objeto la persona de su majestad, era causa de que los menos pesimistas pensaran sin gran satisfacción ni confianza en lo que el porvenir podía tenerles reservado.

Lo mismo si la abortada sedición había sido preparada por Enrique de Guisa que si era obra exclusiva de los truhanes, de la ejecución de tan extremas resoluciones no era dado esperar otra cosa que una nueva recrudescencia de las luchas intestinas que desmoraliando á los unos, agitando á los otros y entristeciendo

á todos, lanzaban en el crisol de las pasiones religiosas, políticas ó sencillamente personales todo el oro de Francia y también lo mejor de su sangre.

Las noticias circulantes eran, á decir verdad, contradictorias, pero ninguna de ellas capaz de producir la menor satisfacción.

Según el rumor público, Mayenne á la cabeza de un ejército de mercenarios teutones marchaba sobre París doblando las etapas para llegar antes. Enrique de Guisa, al frente de una gruesa columna de infantes españoles y flamencos, llegaba de los Países Bajos. El cuñado del rey, Enrique de Navarra, esposo de Margarita de Valois, acababa de derrotar á Condé, y llegaba también él al mando de los temibles gascones, los hugonotes malditos.

¿Por qué tal estado de cosas? ¿Por qué tan temerosa perspectiva?

Oigamos cómo se queja la señora Mirtila, llamada *la Pulpa*, en el momento de despedir á Faustina y Mariola, sirvientas ocasionales y miñonas interinas, y sabremos tal vez á qué atenernos.

— Nada, que os necesito; — decía la corpulenta alcahueta. — ¡Esto es el fin del mundo! Mi honrado comercio se arruina por puntos... Vuestros horribles y apestosos soportes de la truhanería asedian á nuestro señor el rey en su Luvre; ¿cómo queréis que vayan las cosas? Como vamos todos; de cabeza.

— ¡Bah! Nosotras sabemos que es todo lo contrario de lo que decís.

— Vosotras no sabéis nada, palomitas. A mí me informa alguien que está muy alto...

— ¿Puede saberse quién? — preguntó Mariola.

— No hay inconveniente alguno; el señor Juan de Estouteville, nuestro gran Preboste.

Faustina y Mariola cambiaron una mirada de inteligencia.

— Pues sabed que os ha engañado, señora; — dijo la primera.

Y la segunda explicó:

— Satisfechos con el jabón que recibieron esta mañana en la calle de San Antonio, los valientes de nuestra cofradía se reintegraron á sus barrios respectivos de los que no han salido para nada. Ya veis que no pueden, como decís, sitiarse al rey en el Luvre.

— Bueno, admitamos eso; pero no me negaréis que el rey, que se encuentra bastante mal, ha hecho buscar en vano á su mago rojo. Quien le cuida es Ambrosio Paré.

— También asiste á la gran Catalina, que padece, según se dice, de fiebres malignas. Una coincidencia: también ha desaparecido el astrólogo de la reina madre.

— ¿Y el señor de Villequier?

— Nadie sabe dónde se ha metido. Se ha eclipsado, como su físico.

— Pues bien, corderitas, — dijo la Pulpa, — nadie me quita de la cabeza que esa triple desaparición de los brujos, de la diabólica trinidad como por ahí la llaman, ha de sernos fatal á todos. La prueba es que á estas horas nuestro joven soberano habría muerto á no ser por la bravura extravagante del mejor de nuestros

clientes, del bello Rolando, duque de Saboya-Nemours.

— ¡Qué disparate! — gritó Mariola; — si el salvador del rey no es ése que decís, sino el llamado Sed de Sangre.

— ¿El bandido?

— El mismo, sí, señora. Yo lo sé de buena tinta, como que me lo ha dicho Cuelloazul que le conoce bien, porque él fué quien le descolgó de las horcas de justicia.

Faustina afirmó á su vez :

— Las dos estáis equivocadas. El fantástico jinete salvador del rey no es otro que el joven desconocido que provocó aquí mismo á los miñones, y que les cortó hábilmente las grupas en el prado.

— ¡No!

— ¡Sí! Yo misma lo vi hablando con Fiamma antes de que pasara la cosa.

— ¿Y eso qué prueba? — preguntó la Pulpa.

— Esperad; yo pude oír que Fiamma le llamaba señor caballero... Y todos sabemos, por el edicto que puso á precio la cabeza del entuertador de Maugiron después del duelo en el Prado de los Clérigos, que el autor del desaguisado es caballero.

Callaron las tres mujeres, preguntándose en su fuero interno, cuál de entre ellas estaba en lo cierto. La posible confusión entre tres personajes conocidos de tan distinta manera complicaba aún más el ya bastante complicado embrollo.

— Sea como fuere, — dijo por fin la enorme propietaria de la casa alegre, — libres quedáis para bella-

quear por las calles, corderitas mías, porque es lo cierto que con ese hidalgo extranjero que Venus confunda, han llegado para nosotros los días malos. Mucho me temo que pasará no poco tiempo antes de que los jóvenes señores aficionados á las dulces caricias y á los transportes amorosos se decidan á venir á recrearse alegremente en la compañía de las miñonas.

.....

Los muros del Hotel de Villanueva-Marsan formaban una fortaleza infranqueable para los ruidos del mundo exterior, por lo que allí dentro ignorábanse los dramas de fuera, deslizándose la existencia sin alteraciones ni brusquedades. El día en que penetramos de nuevo en la señorial morada, que es el mismo en que tuvieron lugar los acontecimientos narrados en el capítulo anterior, todo estaba lo mismo que la víspera.

El gran marqués habíase despertado temprano y muy alegre, sorprendiéndose no poco al ver cómo la Tetona roncaba como un órgano cerca de él despidiendo por la desdentada boca fuerte olor á alcohol mal digerido, y riendo de buena gana al descubrir á Tuétano y á Fargas embutidos en sus armaduras y como aplastados por ellas.

— ¡Alegraos! — gritó levantándose para desembarazarlos de sus hierros; — puesto que habéis velado como buenos mi sueño, vais á sentaros á mi bien provista mesa. Y libertad absoluta, amigos míos, de día se entiende, y sólo entre estas cuatro paredes. Porque capaces seríais de dejar solo como un hongo á quien os

ofrece banquetes, cuchipandas y festines, y eso no estaría bien, hidalgos camaradas.

— No viene mal la invitación de día, — opinó Fargas ya desembarazado de su férreo traje de dormir.

Y Tuétano, más preciso, añadió :

— Aceptamos la hospitalidad hasta la noche.

— Pero majaderos, — gritó el dueño de la casa, — ¿es acaso que sentís comezón de haceros destripar por mis Peiragudes? No; velando por vuestra vida, reténgoos aquí indefinidamente, hasta nueva orden. Vuestra vida, sabedlo, depende de la mía; lo cual quiere decir que para defenderos vosotros, será preciso que me defendáis durante la noche. Creo que esto está claro.

Tanto lo estaba, que Fargas el idiota y su compañero inclinaron la cabeza como dando á entender que el argumento era de los que no tienen réplica.

Veamos ahora lo que al mismo tiempo ocurría en el ala opuesta del Hotel, en la que se encontraban las habitaciones de la marquesa María y de Solange.

Ni esta última ni su madre habían conseguido cerrar los ojos en toda la noche.

La marquesa temía por el porvenir de su hija; y asustada como estaba porque la duda acerca de la identidad de su esposo seguía á pesar de todo dominándola, hubo de pasar la noche rezando é interrumpiéndose para pensar una vez en aquel hombre en quien ella resistíase aún á reconocer el padre de sus hijas.

— No ha hablado una palabra de nuestra Genoveva, de nuestro angelito rubio para siempre perdido, como

tampoco ha hecho alusión alguna al corredor secreto... ¿Será posible, Dios mío, que un hombre llegue á olvidar que ha sido padre dos veces? Y sobre todo, ¿cabe en lo posible que Jacobo, mi Jacobo, haya olvidado en absoluto el camino de nuestras primeras amorosas efusiones?

Varias veces, luego de escuchar atentamente, la marquesa habíase lanzado de un salto hacia la tapicería, víctima de la ilusión, otras tantas veces desvanecida en el acto, de que detrás del muro dejábase oír algún ruido.

¿Era realmente una ilusión? Tal vez no, pues ya hemos visto cómo miss Huming hubo de sorprender casualmente á un hombre, parecidísimo al marqués, que se sumía como una sombra en el espesor del muro medianero de las habitaciones de la marquesa.

Solange, por su parte, tampoco había dormido, según acabamos de decir, prometiéndose durante su desvelo hablar á su padre y hacer lo imposible por convencer á su madre á fin de obtener de ambos el consentimiento para sus desposorios con el hermoso duque cuya imagen llevaba indeleblemente grabada en lo más hondo de su corazón de virgen. La inocente muchacha ignoraba que lo que ella estimaba como una felicidad suprema, era ya en aquellos momentos asunto concluido.

Las cuatro ó poco más serían de la tarde, cuando el gran marqués se hizo anunciar á su esposa, quien en aquel momento hallábase con Solange. Ambas mujeres habían comido solas.

— Señora, — preguntó el de Villanueva besando la

mano que no sin repugnancia le era alargada, — podéis explicarme lo que significan esos fantasmas famélicos que parece pululan en esta casa?

— ¡Fantasmas famélicos! — repitió la marquesa sin comprender.

— Sí, señora, excesivamente famélicos, temerarios y ladrones. ¿Os han enterado de que un perro se llevó mi cena de la pasada noche?

— La vieja Francisca me lo dijo, sí, señor.

— Como veis, á punto he estado de morir de inanición en mi propia casa .. Pero como el robar y el rascar todo es empezar, ese animal maldito volvió esta mañana á las cocinas, y se adjudicó tranquilamente un ganso. ¿Os lo han dicho también? En vista de todo ello se me ocurre pensar si es que alguien aquí se ha propuesto reducirme por hambre.

Esta frase desdichada indignó á la noble dama.

— ¿Quién puede tener interés en semejante cosa? — preguntó. — En todo caso la empresa no me parece fácil puesto que, según se me ha dicho, os habéis hecho servir comestibles y bebidas bastantes para alimentar durante una semana á vuestros invitados, gentes de apariencia poco recomendable...

La cólera que hervía en el pecho del marqués parecía próxima á estallar. Pero no fué así. Antes al contrario, con voz compungida, habló de este modo :

— Teneos, señora, y no habléis en términos despreciativos de los humildes. Esos á quienes aludís, fueron los únicos seres humanos que me reconciliaron con la vida haciéndomela posible durante los interminables

años de nuestra dolorosa separación. Vos no podéis conocer esas naturalezas primitivas; conviene por lo tanto que sepáis que los corazones de oro abundan mucho más en las bajas esferas que en las altas. Dicho esto, supongo que no vais á aconsejarme que me muestre ingrato...

La marquesa sentía haber hablado como lo hiciera, y pensaba oyendo á su marido :

— Lo cierto es que ha sufrido mucho ; tal vez no me asiste el derecho de juzgarlo.

— Volviendo á lo del animal impertinente de que os hablaba, — dijo el marqués, — y cuya raza me es odiosa, ¿podéis decirme á quién pertenece?

— Lo ignoro en absoluto.

— Pues yo lo averiguaré, como también el sitio donde se esconde, aun cuando para ello tenga que hacer derribar los muros de mi habitación.

Las perplejidades de la marquesa comenzaron de nuevo. Si aquel hombre hablaba de hacer derribar los muros era por que no sabía lo del corredor... ¿Quién era pues, y porqué estaba allí? ¿Y el otro? Porque el perro no se encontraba solo, sin duda; alguien acompañábale, y ese alguien...

Mientras sus padres hablaban, Solange habíase acercado á la ventana, y apoyada en la barandilla miraba á derecha é izquierda, procurando escudriñar las profundidades del parque; hallábase agitada y como perpleja, y parecía muy nerviosa.

El marqués fué el primero en percatarse de la turbación é inquietud de la muchacha.

— La primavera, — dijo con tonillo impertinente, — es la estación excitante por excelencia. ¿Tendréis acaso, marquesa, algún escudero de juvenil edad?

— Sólo tenemos á Cortansio, señor, y Cortansio cuenta sesenta años.

Y mientras contestaba de este modo, la marquesa hacía lo posible por averiguar qué era lo que su hija miraba.

El noble cautivo libertado aprovechó aquel instante de tregua para ahogar un bostezo. Aburriase el hombre soberanamente al lado de su esposa, y sólo en tono de broma habló de un escudero joven; pues demasiado sabía él que el personaje interesante hasta el punto de llamar la atención de Solange no podía ser otro que Rolando, su huésped de la vispera, y en favor del cual había debido trabajar miss Huming.

En esto último el marqués se equivocaba, sin equivocarse. Nos explicaremos.

Solange había visto en efecto cómo el joven duque, luego de penetrar por la puertecilla situada en el fondo del parque, avanzaba procurando no ser observado de nadie; pero también vió que otro jóven, de todo punto idéntico al primero, franqueando una brecha del muro se adelantaba hacia la casa, sin temor de que le vieran.

Esto explica la perplejidad de Solange, quien se preguntaba maravillada:

— ¿Cuál es el verdadero?

Ella no podía imaginarse, claro está, que Bernardo de Arma, su salvador del Vezera y su primera distracción amorosa, había trocado sus militares corrajes

por un admirable traje de corte que perteneciera á Carlos de Entragues.

Ambos jóvenes desaparecieron al mismo tiempo; uno de ellos tras un copudo arbusto, y el otro bajo la bóveda que conducía al ante patio del Hotel.

— Señora, — dijo el marqués continuando la iniciada conversación acerca de su hija, — la reina Catalina, al devolverme á la libertad, ha reconocido públicamente su error. Hay más aún: desea mostrarse generosa, dándoos un yerno. Por mucho que sea el rencor que le guardéis por su pasajera y fútil pasión de celos, no podréis menos de convenir conmigo en que esa noble mujer es todo un carácter. Puesta á reparar injusticias, todo le parece poco.

Un estremecimiento sacudió el cuerpo dolorido de la marquesa. Piadosa como era, hallábase dispuesta á perdonar; pero parecíale imposible, algo absurdo, algo de muy difícil concepción, eso de que fuese precisamente la víctima de una monstruosa venganza, quien se erigiese en panegirista de su propio verdugo. Por otra parte, tratábase de su hija. Dispuesta á defender á Solange á todo trance, objetó con energía:

— Tratándose de un pretendiente á nuestra alianza, señor, paréceme que ante todo precisa consultar á la persona á quien el asunto interesa más directamente.

Aunque justa, la observación pareció sorprender al marqués en alto grado.

— A ver, á ver, ¿cómo es eso? dijo sosteniendo con ambas manos el abdomen, sacudido por ficticia jocundidad. — ¿Es que nuestra sangre azul hase bastardeado

mientras yo me consumía en un calabozo? ¿Tendré que presenciar acaso el derrumbamiento de las divinas instituciones que conferían al patriarca de la familia el derecho de disponer, sin que me sea dado indignarme ante esas ruinas? ¿Háse decretado tal vez la abdicación de la patria potestad, y es ya permitido á las niñas enamoradas hacer oídos de mercader á las órdenes del jefe de la familia? Pues eso no ha de ser en mis días, marquesa. Ya he mostrado una vez mi longanimidad, rebajándome á defenderme contra vuestra desconfianza: no pretendáis ponerla una vez más á prueba, porque sería peligroso.

Iba la marquesa á replicar, sabe Dios cómo, cuando un rumor llegado de la galería, le cortó á tiempo la palabra.

— ¿Puedo ver al señor de Villanueva-Marsan? — preguntaba una voz en la que Solange reconoció enseguida la de Bernardo de Arma.

— ¡Imposible! — respondía Francisca Peiragude; — monseñor...

El importuno interrumpió, decidido:

— Dejadme pasar, buena mujer; monseñor me ha citado para esta hora.

Solange miró á su padre con estupor indecible. Ella esperaba confiarle su dulce secreto, obtener su poderoso apoyo, cosa que parecía tanto más fácil cuanto que el objeto de sus amorosas ansias había sido ya recibido por el marqués á título de futuro yerno, y he aquí que surgía una nueva complicación. Su inocente enamorado de Bonaguil, iba á ser también recibido por su padre; ambos se conocían.

La vieja Francisca abrió la puerta preguntando:

— ¿Consienten sus señorías en recibir un joven gentilhombre que se dice esperado por ellas?

— Sí, sí, que pase; — contestó el noble señor, encantado de poner término al familiar coloquio, y olvidándose de consultar la voluntad de la marquesa, cosa contraria á su habitual cortesía.

Bernardo entró. Viéndose en presencia de Solange y de su madre, á quienes no esperaba encontrar allí, nuestro caballero tuvo un momento de vacilación, como si se hallase deslumbrado. Reponiéndose enseguida, dijo sereno:

— Por dos veces me habéis invitado á veniros á ver, monseñor; y como mi deseo no es otro que el de servirlos siempre, aquí me tenéis.

— El diablo me lleve, — pensó el marqués mirando sorprendido al recién llegado, — si sé de dónde sale este charlatán á quien parece ser que yo he invitado.

Bernardo esperaba. En su fuero interno parecía bastante singular la vacilación de aquel hombre que debía estarle agradecido.

Pero este último era cómico consumado. Comprendiendo enseguida cuán anormal debía parecer su actitud poco cordial, modificóla en el acto.

— ¡Qué sorpresa tan agradable! — dijo. — Mucho es lo que celebro veros por aquí, joven amigo. ¿Y qué tal la salud? Buena, por lo que se vé...

No sabiendo á quién se dirigía, el hombre balbuceaba, se cortaba, no sabía qué decir, temeroso de comprometerse.

— Buena, sí, — contestó Bernardo, — gracias á vos, monseñor, que hicisteis cubrir esta mañana mi retirada... Pero no hablemos de mí; decidme ante todo cómo van vuestras heridas, y si sirvieron de algo los unguentos del estufista.

Por tercera ó cuarta vez desde su regreso al Hotel tropezaba el marqués con un nuevo enigma.

— ¡Ventre del diablo — masculló entre sus dientes. — Ahora resulta que he salvado la piel de este individuo en alguna parte, no sé dónde... Y no es eso solo, sino que también me he dejado por lo visto abrir unos cuantos ojales en el cuerpo, y hasta he consentido en que me los remienden... Todo eso parece incontestable, probado, demostrado, pero lléveme Pateta si yo sé dónde, ni cómo, ni cuándo he podido ser víctima ó héroe de todas esas aventuras. No importa: ese estúpido animal de Gaspar Mouvette me las pagará, por no haberme enseñado siquiera un poco de mi propia historia.

El silencio hacía penoso. La desconfianza de la marquesa habíase aumentado con la visita de aquel personaje cuya fisonomía parecía desconocida, sin duda por verla á contraluz, pero cuya voz varonil recordaba haber oído ya en alguna otra parte. Llena pues de ansiedad, en horrible tensión nerviosa, esperaba la respuesta de su señor y amo.

Este se decidió por fin á contestar.

— ¡Hum! — dijo, — no valen mucho que digamos las grasas untuosas de ese pillastre de estufista; pero ¡qué diablo! para algo tengo yo dinero. Además, Ambrosio Paré no es un manco, me parece...

La señora de Villanueva estuvo á punto de caer de su asiento al oír estas palabras.

— ¡Miente, Ange, te digo que miente! — murmuró al oído de su hija consternada; — ¡ese hombre no es tu padre!

Y como Solange tenía puestas todas sus esperanzas en la intervención de aquel padre providencialmente aparecido, protestó, claro está, contra la maternal confidencia, que presagiaba un retorno á la situación violenta de la víspera.

— ¡Oh, señora! — dijo en el mismo tono. — Mirad bien su noble semblante.

— Es el suyo, hija mía; quiero decir el de mi Jacobo; pero Jacobo era la lealtad misma, la franqueza personificada... y éste, ya lo ves, se estudia, antes de hablar, como si procurara engañarnos á todos.

Realmente, el bueno del marqués estaba como sobre carbones encendidos. Ignorando cuanto hubiera debido conocer, comprendía muy bien que de su ignorancia podían derivarse errores lamentables, para evitar los cuales, en la medida de lo posible, se decidió á poner término cuanto antes á tan enojosa entrevista.

— Señor mío, — dijo levantándose, — estamos pagados. Yo os fui de alguna utilidad esta mañana, es cierto, pero váyase por la ayuda que de vos recibí en mi calabozo.

— No precisamente en vuestro calabozo, excelencia, puesto que cuando os vi por la primera vez os hallabais entre cielo y tierra, suspendido á la cabellera de una mujer.

— ¡Otra cosa que yo ignoraba! — pensó el marqués. — Lo mejor será que me calle, y este individuo acabará por decírmelo todo, hablando por él, y por mí.

Bernardo, en efecto, continuaba impasible :

— Segundos después os hallabais ya en el patio, haciendo prodigios de heroísmo, sólo comparables á aquellos cantados por el Tasso. Yo estaba en la cresta del muro de cerca con el buen Diógenes, el perro de... A propósito, monseñor, ¿qué se ha hecho de tan heroico é interesante animal?

Esta pregunta pasó sin que de ella se enterase Solange porque esta última habíase acercado de nuevo á la ventana; pero la oyeron muy bien ambos esposos.

— Ese perro, — pensó emocionada la marquesa, — ¿será acaso el que yo he visto en el parque? De ser así, este hombre sería Jacobo, mi Jacobo...

Por su parte, el marqués pensaba no menos emocionado :

— ¡Un perro! Animal rapaz como hay pocos; el que se ha comido por dos veces el asado dispuesto para mí, puede que sea el mismo por el que se interesa este fabricante de quidproquos. ¡Condenado Gaspar! Te aseguro que á tenerte aquí, habías de pasar un mal rato.

Luego, como algo había que contestar, dijo en tono indiferente :

— ¿Diógenes? Pues... está en la perrera.

Lo trato á cuerpo de rey, como merece.

— ¡Embustero y traidor! — murmuró sibilante la

marquesa. — Esta última prueba disipa hasta la sombra de mis dudas. Yo no sé si Jacobo ha muerto ó vive todavía; pero si vive, este hombre le ha robado su puesto aquí, en su hogar.

— Cuanto á mis prodigios de heroísmo, — continuó diciendo el de Villanueva, — permitidme joven que os diga que dais á mis actos un valor de que carecen, sin duda porque sois en extremo ditirámico.

— Y vos modesto en demasía, monseñor; — replicó Bernardo. — El hombre que como vos lucha debilitado, medio desnudo y con un puñal dentado por toda arma contra el atormentador Pielnegra y su banda de asesinos, es sencillamente un héroe, y no hay modo de calificarle de otra manera. Tanto más cuanto que cuando yo logré ofreceros el concurso de mi espada, vuestros cobardes asesinos habían sido ya castigados con rudeza.

¡Extraña actitud la del marqués mientras Bernardo hablaba! Hubiérase dicho que recordando los momentos de angustia recién evocados, se estremecía aún de horror, sin duda por efecto de la visión trágica.

— La verdad es, — dijo secando el frío sudor que bañaba su frente, — que aquello fué espantoso, señor... ¿queréis recordarme vuestro nombre? Diez años de reclusión dan al traste con la memoria más privilegiada.

Completamente desorientado por encontrar en el marqués un hombre tan distinto del que creía conocer, Bernardo respondió con tristeza :

— Señor, un ser de escasa importancia, un niño perdido como yo, sólo tiene derecho al nombre que la casualidad le confiere; ya os dije mi nombre de caballero errante, y Dios sabe que no lo hice con objeto de señalarme á vuestra gratitud; recuerdo que al oírlo os mostrasteis sorprendido, como también de ciertas particularidades de mi semblante. Y si me permitís que os recuerde vuestras propias palabras ..

— Sin duda, amigo mío; — concedió el marqués.

Bernardo lo miraba sorprendido, asaltado por las mismas dudas que poco antes atormentaban á la marquesa, mientras que el de Villanueva decíase mentalmente :

— El miserable Gaspar se ha burlado de mí. Yo debía sustituir á un muerto, y ahora resulta que este individuo me ha salvado, es decir, ha salvado al otro, que por lo tanto vive... Sospecho que la madeja se enreda, y esta casa va haciéndose inhabitable para mí; mi sombra errante, esto es, el otro yo, puede aparecerseme de un momento á otro... ¡Burrrr!

Bernardo continuó.

— Una vez felizmente salvado, me dijisteis textualmente mirándome con fijeza : « Joven, tú me has sido enviado por mi hermano Jacobo, por mi hermano Jacobo que debe reconocer en tí el vivo retrato de su adorada Blanca. »

Al oír estas palabras ahogó un grito la marquesa, y toda su alma se asomó á la mirada que puso en el caballero.

— ¡Virgen de los dolores! — murmuró; — es cierto

que se parece á mi hermana Blanca .. ¡ Y yo, que para confundir á los vivos hacía un llamamiento á los muertos!... ¿ Me habrá oído el cielo, y acudirá en mi auxilio?

— Sí, — dijo el marqués, — ahora recuerdo que hablé así, mi joven amigo. — Yo no acostumbro que digamos á equivocarme. Por vuestra manera de andar, en efecto, el corte de los cabellos, y una porción de cosas, en fin, tenéis muchos puntos de contacto con cierta hermosa bella... quiero decir con cierta gran señora que conocí en otros tiempos.

— También me dijisteis, — continuó Bernardo, — estas palabras : « Hijo mío, tu vida, como la mía, pertenece al rey. » Y como no ignoráis, he salvado á su majestad por obedeceros.

La situación del señor de Villanueva hacíase insostenible. Parecíale ser víctima de una horrible pesadilla, y murmuraba con creciente confusión :

— El diablo que lo entienda. He aquí un hombre que habría hecho muy bien en no venir, que después de salvarme á mí ha salvado asimismo á mi primo el de Valois.

Bernardo proseguía como si tal cosa :

— Por último, de vuestros labios, excelencia, salieron estas palabras tan honrosas para mí : « Habéis hecho más de lo que las fuerzas humanas permiten hacer á un hombre solo. Venid á verme. Suceda lo que quiera, unido quedáis desde ahora á los Villanueva para siempre. »

— ¡ Bendita seáis, María, mi celeste patrona, —

gritó la marquesa galvanizada. — Mi Jacobo vive, no puedo dudarle; esas nobles palabras son tuyas, tuyas, las reconozco; mejor dicho, le reconozco á él en esa frase...

El gran marqués movió la cabeza, y dijo enseguida;

— Señora, la comedia ha terminado; todo esto, no ha sido más que una prueba, joven, que hay que disculpar, porque á mí me gusta la intriga. Sin embargo, como mi deseo es pagaros el servicio que me hicisteis, ¿queréis proporcionarme la ocasión de hacerlo?

— No, señor, — dijo Bernardo. — Cierto es que mi cabeza ha sido puesta á precio; pero para defenderla, mi espada es bastante.

— Bien está; pero como yo no gusto de tener acreedores... tomad eso. Cuanto más amigos más claros.

Así diciendo, puso en la mano de Sed de Amor una bolsa bien repleta, y fuese canturreando hacia la ventana de la que acababa de separarse Solange.

La vergüenza había enrojecido el semblante de la marquesa, aunque no el de Bernardo, quien abrió la mano para dejar caer la bolsa.

Testigo del acto injurioso de su padre, Solange avanzó hacia el caballero, murmurando al pasar ante él:

— Perdonadle, señor caballero, en gracia á lo muy desgraciado que ha sido.

— La afrenta, señorita, — contestó Bernardo en el mismo tono, — queda olvidada. Pero... concededme, por piedad, una entrevista, como en Bonaguil.

Solange había pasado ya. Sin embargo, realidad ó ilusión, el caballero creyó oír estas palabras:

— Esta noche, á las diez, en la puertecilla del parque...

Entonces, loco de contento, saludó, sin verla, á la marquesa, saliendo enseguida de la estancia.

El pobre caballero ignoraba que las prácticas secretas de los agentes políticos de la Médicis, debían hacer abortar la tierna cita.